

Las esculturas de pan que Ibarrola amasó en prisión, 'mirós' y 'tâpies' son solo algunos ejemplos de las obras de la posguerra y las vanguardias que se muestran en la feria

## El siglo XX nunca falla en Arco

ÁNGELES GARCÍA, Madrid  
Durante el tiempo que Agustín Ibarrola pasó encarcelado en el penal de Burgos, entre 1962 y 1965, pintó numerosos papeles y telas finísimas alusivos a la represión, la tortura, la cárcel y la lucha antifranquista. Por su fragilidad, ha sobrevivido escasa obra pictórica. En cambio, se encuentran en buen estado algunos de los prototipos que el artista realizó con miga de pan, tal como se puede comprobar en el espacio que la galería madrileña José de la Mano tiene en Arco, dedicado a los artistas que, en plena dictadura, crearon el Equipo 57 y El Paso. Los primeros se centraron en el arte abstracto geométrico. Los segundos, en el informalismo.

Se muestran cuatro figuras que han resistido el paso del tiempo. La galería aclara que la pieza es propiedad de la familia Ibarrola y no está a la venta. Con estas piezas se muestra que, aun estando encarcelado, el artista seguía creando con ayuda de sus compañeros presos, que le suministraban la miga de pan para que ensayara nuevas formas escultóricas. El pan era el sustento del cuerpo, pero también la mejor manera de jugar con los bosques de formas geométricas que brotaban en su imaginación.

La directora de la feria, Mariabel López, opina que con *Circa 1957*, nombre bajo el que se agrupa la obra expuesta en José de la Mano, se cumple con "el deseo de Arco de que las galerías opten por los proyectos comisariados" en lu-

gar de la mezcla de firmas habituales. López hacía estas valoraciones desde el que puede ser el rincón más rompedor de la feria, el dedicado a los emergentes en *ART Situacions III*, donde se puede contemplar la obra de cinco jóvenes españoles (Elena Aitzkoa, Nora Aurrekoetxea, Lucia Bayón, Aleix Plademunt y Pablo Capitán del Río) junto a cinco franceses (Salomé Chatriot, Marie-Luce Nadal, Benoît Piéron, Elsa Brès y Yoan Sori). Queda claro que esta es una feria volcada en el último arte contemporáneo, pero no todo lo que se ve en ella está firmado por artistas vivos. El mercado secundario y las obras de las vanguardias históricas tienen un hueco muy considerable en Arco.

Por ejemplo, en el espacio de la galería Leandro Navarro. Su director, Iñigo Navarro, señala una selección de algunas de sus firmas clásicas: *La napperon blanc* (1926) de Juan Gris, a la venta por 1.300.000 euros, o un *miró* de 1976, con un precio de 1.600.000. Navarro cuenta que, pese a la incertidumbre de la guerra, las obras de los periodos artísticos que maneja están cada vez más demandadas. "No sé si el arte es un refugio para quienes buscan seguridad para su dinero, pero lo cierto es que llevamos unos pocos años en los que la demanda está en aumento". En otras ediciones, mostraba deslumbrantes cuadros de Picas-

so. Esta vez no, las exposiciones dedicadas al 50º aniversario de la muerte del artista han acaparado las obras. Para la exposición que el Reina Sofía dedicará al período de Picasso en Gósol (Lleida), Navarro ha prestado cinco obras.

La atmósfera musicista se respira también en la galería de Guillermo de Osmá, una firma que juega con valores tan consagra-

epidemias no es la mejor compañía para el riesgo y la experimentación. Puede que por eso una feria de arte contemporáneo como Arco haya visto ahora cómo el péndulo se inclina hacia la pintura surgida de las vanguardias del siglo XX", señala. Otros galeristas, como Mayoral o Marc Domènech, también llevan años acudiendo a Arco con obras históricas,



Cuatro de las piezas que Ibarrola modeló con miga de pan en prisión. / A. A.

dos en el mercado como Carmen Laffón, Carlos Alcolea o el propio Picasso. Aquí se expone una de las pocas obras del artista malagueño a la venta en la feria: *Dos mujeres desnudas* (1966). De Osmá cuenta que a lo largo del tiempo ha visto cómo el gusto de los coleccionistas iba cambiando. "Va y viene. La incertidumbre que acompaña a las guerras o a las

desde Miró y Tâpies, en plena tendencia al alza en el mercado, hasta otros de artistas menos conocidos. "Los grandes nombres del arte español del siglo XX no dejaron ni una fisura para quienes venían detrás, los de la segunda fila. Es misión de galeristas, coleccionistas e instituciones volver a prestarles atención", afirma Domènech, cuya galería en Barcelona ha

redescubierto artistas de la posguerra catalana como Moisès Villélla o Magda Bolmar.

Desde luego, la pintura ha sobrevivido en medio de otros soportes y tendencias narrativas. Por ejemplo, en la generación de artistas nacidos en la primera posguerra. La galerista Helga de Alvear conserva intacta su curiosidad por rescatar del olvido y descubrir toda aquella obra capaz de conmoverla. Es el caso de Gerardo Delgado y de Manolo Quejido. De ambos exhibe cuadros de gran formato. Quejido es el último fichaje de Alvear. No conocía su obra. "Lo descubrí en la exposición del Palacio de Velázquez, en el Retiro de Madrid. Manuel Borja-Villel se empeñó en que lo viera y me pareció extraordinario.

Quise comprar obra suya y me contó que no tenía galería. Aproveché para ficharle y para comprarle cuatro cuadros", relata De Alvear. A esta galerista le preocupa que haya poco coleccionismo añado que para que los más jóvenes y menos pudientes se animen ha puesto a la venta obra gráfica de sus fondos y de los de Juana Mordó. Una lámina cuesta 100 euros, o 200 si se quiere enmarcada.

Entre los jóvenes pintores españoles, también lleva años destacando Secundino Hernández. En la galería Ehrhardt Flórez exhibe dos grandes pinturas a las que ha reducido las capas de pintura y la intensidad del color de sus anteriores trabajos. Hernández, cotizado y valorado en el mercado internacional, no se siente capaz de opinar sobre el retorno de la pintura, porque nunca ha hecho diferencias con los soportes. "Yo siempre he sido pintor. Siempre he estado ahí. Es con lo que siempre he trabajado y en lo que sigo", afirma.

## Las esculturas de pan que Ibarrola amasó en la cárcel (y otras pinturas históricas en Arco)

Ángeles García • original

La generación de artistas de la posguerra se adueña de la feria, donde los coleccionistas no solo van a comprar arte contemporáneo



Álvaro García

Durante el tiempo que [Agustín Ibarrola](#) pasó encarcelado en el penal de Burgos, entre 1962 y 1965, pintó numerosos papeles y telas finísimas alusivos a la represión, la tortura, la cárcel y la lucha antifranquista. Por su fragilidad, ha sobrevivido escasa obra pictórica. En cambio, se encuentran en perfecto estado de conservación algunos de los prototipos originales que el artista realizó con miga de pan, tal como se puede comprobar en el expositor en la feria Arco de la galería madrileña José de la Mano, un espacio dedicado en esta ocasión a los artistas que, en 1957, en plena dictadura, crearon el Equipo 57 y El Paso. Los primeros se centraron en el arte abstracto geométrico. Los segundos, en el informalismo.

La directora de la feria, [Maribel López](#), opina que con *Circa 1957*, nombre bajo el que se agrupa la obra expuesta en José de la Mano, se cumple con “el deseo de Arco de que las galerías opten por los proyectos comisariados” en lugar de la mezcla de firmas habituales de cada stand. López hacía estas valoraciones desde el que puede ser el rincón más rompedor de la feria, el dedicado a los emergentes en **ART Situaciones III**, donde se puede contemplar la obra de cinco jóvenes españoles (Elena Aitzkoa, Nora Aurrekoetxea, Lucía Bayón, Aleix Plademunt y Pablo Capitán del Río) junto a cinco franceses (Salomé Chatriot, Marie-Luce Nadal, Benoît Piéron, Elsa Brès y Yoan Sori). Queda claro que esta es una feria volcada en el último arte contemporáneo, pero no todo lo que se ve en ella está firmado por artistas vivos. Desde hace varias ediciones, el mercado secundario y las obras de las vanguardias históricas se han abierto un hueco muy considerable.